

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

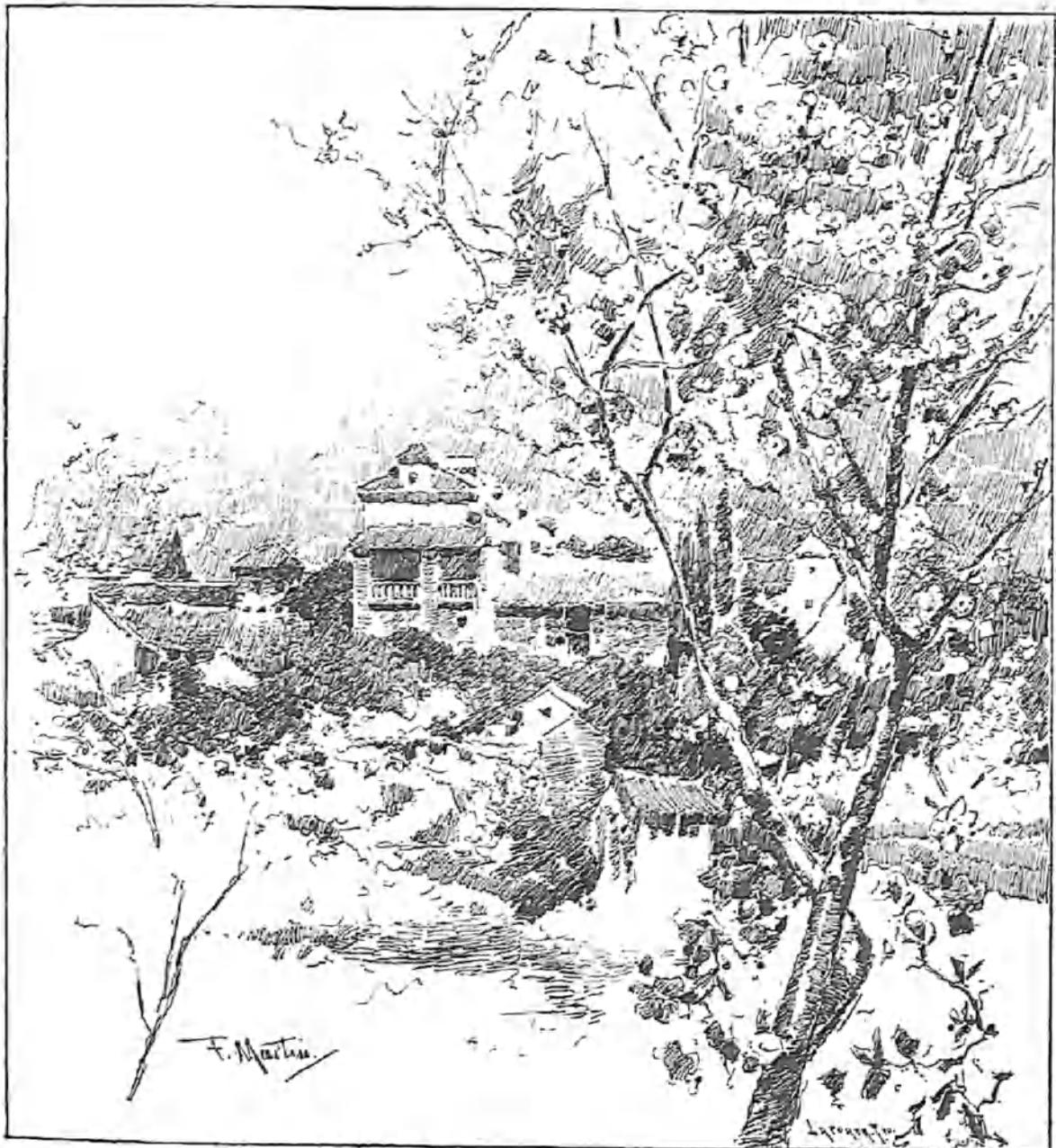
Domingo 6 de Agosto de 1893.

NÚMERO 6.

DIRECTOR:

Felipe Pérez y González.

NOTAS ARTÍSTICAS



RECUERDOS DE GRANADA.—DIBUJO ORIGINAL É INÉDITO DE D. TOMÁS MARTÍN.



6 DE AGOSTO DE 1822

Nació en Sevilla el ilustre literato
D. Manuel Cañete.

6 DE AGOSTO DE 1775

Nació en Versalles Luis Antonio de Borbón,
Duque de Angulema.

No hace muchos días hablabamos con un reputado escritor, persona respetabilísima por su saber, por sus años y por sus excelentes condiciones personales, y pasando revista al triste catálogo de hombres eminentes que en estos últimos años han ido desapareciendo sin sustitución satisfactoria, dejando profundo vacío en las letras, en las artes, en las armas y en la política, llegamos a citar el nombre del Sr. Cañete.

Debemos declarar con entera franqueza que infundidos por opiniones y noticias poco favorables al carácter y á las condiciones de aquel eximio escritor, aun reconociendo lealmente su claro talento, su notoria cultura y su vasta erudición, su nombre no nos era muy simpático; debemos confesar sinceramente que, en algún caso, sin respetando su valer y su prestigio literarios, le tratamos con desleal y censurosa en un artículo crítico, estimulados por aquella falta de simpatía.

Estas manifestaciones sirvan para avalar esta rectificación de un concepto erróneo respecto á la personalidad del notable escritor sevillano, cuyo natalicio corresponde al día de hoy, 6 de Agosto, rectificación tanto más franca y espontánea, cuanto que al hacerla ni podía ser exigida ni puede ser recompensada.

«—Desengáñese usted, amigo mío—nos decía el respetable escritor con quien hablabamos,—así como la pasión política, no satisfecha con el uso de las armas nobles para herir á los contrarios, apela en muchas ocasiones al bajo procedimiento de arrojar sobre ellos puñados de lodo, que suelen no llegar á la altura de aquellos á quienes se echan, pero que siempre manchan á los mismos que los echan para arrojárselos, la pasión literaria, el *genus irritabile vatum*, suele pasar con lastimosa frecuencia de la crítica severa, pero digna, á la diatriba insolente y personal; de la discusión razonada y tranquila á la disputa violenta y apasionada. Nada más difícil que tener en las manos el arma poderosa de la crítica y no dejarse vencer por indulgencias del afecto ó por malevolencias del odio: nada más difícil que sentirse herido por la crítica y no escuchar las voces del amor propio que nos pretende hacer torear toda censura por afrenta, que, según los caracteres y los temperamentos, ó da ocasión á polémicas y querrelas personales, ó devorada en silencio y arrojada en el fondo del corazón, resuelve todas las malas pasioncillas que en él se encuentran.

«El Sr. Cañete, que fué principalmente crítico, y crítico de nosotros, no siempre venció del todo la primera dificultad; algunos de los criticados por él con más ó menos justicia, con mayor ó menor rudeza,

en muchas ocasiones ni aun intentaron siquiera vencer la segunda. De ahí nacieron esas opiniones y esas habladuras de la maledicencia, que acaso, como en el de usted, hayan influido en el ánimo de otros muchos, que del mismo modo ninguna otra razón tendrían para mirar con prevención infundada ó con antipatía injusta á aquel notable literato.

«Porque D. Manuel Cañete, que era un buen escritor, un conienzudo crítico y un erudito de gran saber y claro discernimiento, era también un carácter; un hombre asento, un amigo leal y un cumplidísimo caballero. Siendo un niño, prefirió á las riquezas, á la posición y al brillo de un título de la más rancia nobleza, el trabajo incansable y penoso, la más modestísima posición y el título humildísimo de *trapezudo*, profesión que ejerció durante algunos años para mantener á su madre. Los que conocen el misterio de su vida privada, de aquella heroica resolución en tan cortos años, de aquel noble desprecio de las riquezas y del nombre en un niño que apenas había cumplido los quince años, propio consideran aquel rasgo de los tiempos caballerescos y digno de uno de esos hermosos romances que han inmortalizado el nombre del gran Duque de Rivas.

«Siendo hombre, el Sr. Cañete pudo figurar en política, entre cuyos hombres más ilustres contaba con antiguas y firmes amistades, dispuestas á favorecerle á quien con escaso auxilio y por su propio valer, pronto hubiera sabido elevarse; pero su carácter independiente, su falta de flexibilidad cortesana le hacían rechazar los mejores ofrecimientos y rehuir las ocasiones de lograr lo que tan fácilmente consiguen la adulación, la audacia y el servilismo.

«Siendo ya un anciano, el Sr. Cañete, que cifraba todas sus aspiraciones en obtener un alto puesto, de carácter extraño por completo á la política y acomodado á sus afecciones y gustos literarios, al saber que un antiguo amigo suyo también lo deseaba, supo no sólo sacrificar aquella su única aspiración, cuando ya tenía su realización asegurada, sino interceder con vivísimo empeño en favor del que pretendía aquel puesto hasta lograr su nombramiento.

«Si estos tres rasgos que ahora recuerdo no bastan á acreditar á un hombre, preciso es confesar que somos muy descontentadizos en estos tiempos en que tan fácilmente se concede crédito y fama á gentes que no los merecen, y en que la independencia del carácter, la amistad desinteresada y el propio enaltecimiento por el trabajo honrado, no van siendo, por desgracia, muy frecuentes.

«Del Sr. Cañete, como escritor, poco he de decir á usted que no sepa. Usted conoce sus críticas literarias publicadas en *El Heraldillo*,

en el *Diario de la Marina*, de la Habana, y en nuestra excelente *Ilustración Española y Americana*; sus notables discursos leídos en las Academias á que perteneció; sus brillantes estudios acerca del antiguo teatro español; sus obras dramáticas *Beltrán* y *la Pompadour*, *Un relato en Granada*, *La Flor de Bexalá*, *El Duque de Alba*, *El Don del Cielo*, *El Peluquero de S. A.*, y alguna otra que en este momento no recuerdo, y, por fin, las poesías líricas publicadas en su edad juvenil. Me limitaré para terminar este largo y pesado discurso á dar á usted una noticia curiosa, ya recordada por el Sr. Fernández Bremón al escribir la necrología del Sr. Cañete.

«Allá por los años de 40 colaboraba este señor en el periódico gaditano *La Aurora* en unión de otros excelentes escritores, entre ellos Amador de los Ríos, Flores y Arenas, Luis Olona, Campoamor y Zorrilla. Los que leyeron entonces el periódico—repito las palabras del Sr. Bremón—y vieran que el Sr. Zorrilla enviaba una leyenda en prosa, *La Madona de Pablo Rubens*, y á D. Manuel Cañete insertar en casi todos sus números poesías románticas, podrían calcular la diferencia de destinos y carácter literarios de aquellos principiantes.»

Así terminó nuestra conversación con el respetable literato á que hemos aludido, y al recordarla, nos hallamos hoy hecha la primera parte de estos *Aniversarios*.

Poco espacio nos resta para ocuparnos del segundo aniversario que corresponde á la fecha de hoy. El de á la fecha de hoy. El nombre del Duque de Angulema es conocidísimo en España, especialmente por su intervención en los acontecimientos de 1823 como jefe del ejército francés, de aquellos *cien mil hijos de San Luis* que entraron en España para auxiliar al partido realista, y devolver la libertad á Fernando VII, llevado á Sevilla primero, como decían unos «versos» de un desconsolado realista:

Se lo llevan á Sevilla
Pasándolo por la villa
En un coche, pero malo,
Tratándolo como á un palo
Que lo arrancan de una silla.

declarado allí incapaz por las Cortes y conducido después á Cadiz, donde, restituido á su poder, puso término á aquel accidentado período constitucional.

Es por demás sabida la historia del tempestuoso trienio de exagraraciones y de delirios políticos, que comenzó en 1.º de Enero de 1820 con la sublevación de D. Rafael del Riego en las Cabezas de San Juan, que, secundada por toda España, obligó á Fernando VII á

aceptar y á jurar la Constitución, hecho que ya recordamos en nuestros «aniversarios» correspondientes al 9 de Julio, y que terminó en 1.º de Octubre de 1823, al recobrar aquel rey la libertad y perder el pueblo la suya, por la intervención extranjera, hecho de que oportunamente nos ocuparemos, dentro de breve plazo, en nuestros «aniversarios» correspondientes á aquel día, si allá llegamos.

Las potencias europeas que habían formado la llamada *Santa Alianza*, después de destruir el sistema constitucional en el Piamonte y en Nápoles, y de restablecer en aquellos reinos el despotismo, fijaron sus miradas en España, de donde llegaban las sordas quejas de los realistas vencidos, siempre tímidos, rencorosos y vengativos, que no podían reprimir sus odios y sus despechos, y los atronadores gritos de los liberales, siempre vehementes, vocingleros é incautos, que alborotaban desenfadadamente y se maltrataban los unos á los otros,

enloquecidos por su triunfo y por su alegría, que se desbordaba en discursos patrióticos, en himnos y en alharacas por la libertad, y en burlas y canciones contra la reacción.

Para pintar la candidez y el alborotamiento de aquellos liberales, basta recordar al heroico caudillo de la revolución, al general Riego, cantando el *Trágala* desde un palco del teatro en Madrid, y á aquel buen hombre del pueblo que en su entusiasmo gritaba: «Viva la República y Riego de Emperador!»

Los representantes de Austria, Prusia, Francia y Rusia, reunidos en el Congreso de Verona, acordaron «restablecer en la Península el estado de cosas que existía antes de la revolución de Cadiz», y acordaron confiar á Francia esta misión. Aceptóla Luis XVIII, y en 28 de Enero de 1823, al abrirse las Cámaras francesas, expuso sus propósitos en estos términos:

«He dado orden para que se retire mi Ministro en aquella Corte; y cien mil

franceses, mandados por aquel Príncipe de mi familia á quien mi corazón se complace en dar el nombre de hijo mío, están prontos á marchar invocando el nombre del Dios de San Luis, para conservar el trono de España á un nieto de Enrique IV, y para preservar aquel hermoso reino de su ruina y reconciliarlo con Europa.»

El Príncipe aludido era el sobrino de Luis XVIII, el Duque de Angulema, hijo del Conde de Artois, que en 1824 sucedió en el trono á su hermana, y de María Teresa de Saboya, Princesa de Cerdeña.

Aparte aquella intervención en los asuntos españoles, en que poco tuvo que hacer por cierto, aunque demostró su natural bondadoso con actos como el decreto de amnistía y el tratado de Andujar, procurando evitar derramamientos de sangre y represalias feroces, y aparte sus trabajos en Francia para apoyar y defender la causa



DON MANUEL CAÑETE.

de los Borbones contra los últimos esfuerzos bonapartistas, la figura del Duque de Angulema, como militar y como político, resultaba achicada por la de su mujer, á la que todos atribufan mayor influencia en los negocios públicos y tal valor, decisión y entereza, que al decir de los historiadores, el mismo Napoleón I la llamaba «el único hombre de su familia».

María Teresa Carlota, que recibió en la cuna el título de *Madama Real*, era hija de los infortunados reyes Luis XVI y María Antonieta. Desde muy niña sintió el azote de la desgracia en su más terrible y espantosa rudeza. Sufrió al lado de sus padres y de su tía Madama Isabel los rigores de la prisión: vió salir, una tras otra, para el cadalso, aquellas prendas queridas de su alma, y aun estuvo encarcelada y sola otros dos años, hasta que el Gobierno austriaco consiguió que

fuese canjeada por los convencionales Camus, Lamarque, Quinette y Bancal, y por Beurnonville, antiguo ministro de la Guerra.

La desgracia, llevada á tal extremo, rinde y aniquila las almas débiles, pero templea y fortalece los corazones grandes y animosos. María Teresa, enlazada en 1799 con su primo, el Duque de Angulema, así lo prueba; y sus varoniles arranques, su serenidad en los peligros y su activa ingerencia en los negocios públicos de Francia, justifican la frase epigramática de Napoleón.

Al advenimiento al trono de Carlos X, el 16 de Septiembre de 1824, el Duque de Angulema tomó el título de *Delfín* de Francia, que pocos años después tuvo que dejar, abandonando á la vez el territorio francés, y retirándose por completo á la vida privada, hasta su fallecimiento, ocurrido en Goritz el día 3 de Junio de 1844.

TELLO TÉLLEZ.



EL DUQUE DE ANGULEMA.

AUTÓGRAFOS.—VI.



Alta sobre la brida conmovida
La conchadura de todo el mundo,
Y ahí, por encima abriendo camino
La vil maldad de todo el mundo:

La vida no es el bien, nunca fallido,
La vida no es el mal, nunca eliminado:
Ni el placer, ni dolor, nunca retirado;
Ni el dolor, ni placer, nunca borrado.

La vida es tal vez, tal vez combida,
A veces en un mundo perdido a trocharse el día,
La vida es el imperio de la vida y pienso:

ni de bien ni de mal hace desmoronarse;
Y entre cada dos mundos pienso un día,
Y entre cada dos días pienso un día.

Federico Soler



AYER Y HOY

Hermosa está la mañana;
Del mar apenas se nota
El tranquilo movimiento
Al acariciar las rocas.

Ya sale de la caseta
La elegante pecadora,
Y se abre camino en medio
De la multitud absorta.

Un blanco albornoz la envuelve,
Que á merced del aire flota,
Y marca, al ceñirse al cuerpo,
La redondez de la forma.

Á las olas se encamina
Fingiéndose ruborosa,
Aunque va muy satisfecha,
Sabiendo el triunfo que logra;

Pues sabe que alguno ansía,
Al mirarla tan hermosa,
Ó ser arena en la playa,
Ó ser espuma en las olas.

Esa que vino buscando
Vida y frescura á la costa,
Porque dice que en la Corte
Tanto calor la sofoca,

Aun estaba hace seis años,
En este mes y á estas horas,
En otro mar que ondulantes
Doradas espigas forman.

IDILIO Á ORILLAS DEL MAR

Cogida al talle la falda,
Sin encajes y sin blondas,
Descubría el pintoresco
Refajo de tela roja.

Un remendado corpiño
Sin ballenas que aprisionan,
Dejaba temblar el seno
Cuando iba andando la moza.

En vez de sargas de perlas,
Con que hoy las trenzas se adorna,
Enredaba entre sus greñas
Alguna alegre amapola.

Y allí, en medio de los trigos,
Con fuertes manos callosas,
Los haces echaba al carro,
Ensartados en la horca,

Mientras que sus compañeros
La ayudaban en la obra,
Dándole rudo trabajo,
Sin reparar que era hermosa.

Y ella trabajaba alegre,
Y con la esperanza sola
De ver más tarde, en la fiesta
De la Virgen su Patrona,

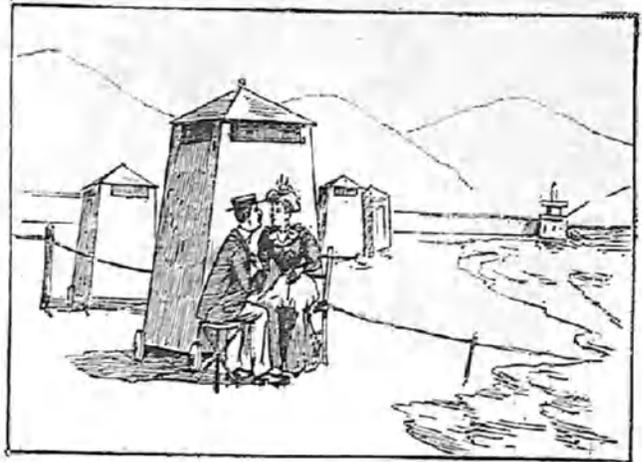
Los novillos que en la plaza
Torea la gente moza,
Llevándose luego á casa
Costillas y piernas rotas.

.....

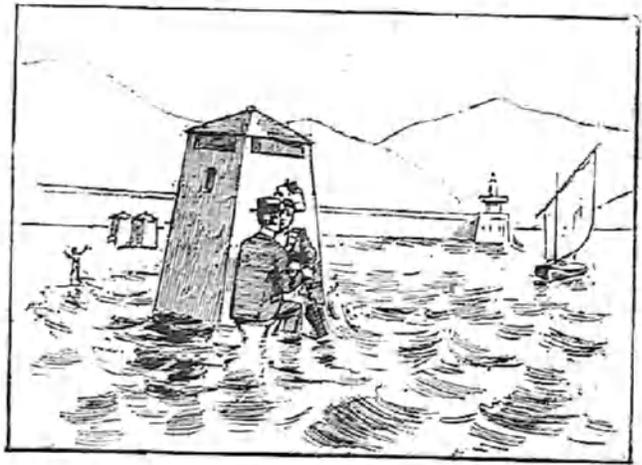
Tal vez al salir del baño
Entre las gentes de moda,
Que un cántico á la hermosura
En sus requiebros entonan,

Sintiendo frío en el alma,
Ante aquel triunfo que logra,
Suele pensar en su aldea
La elegante pecadora.

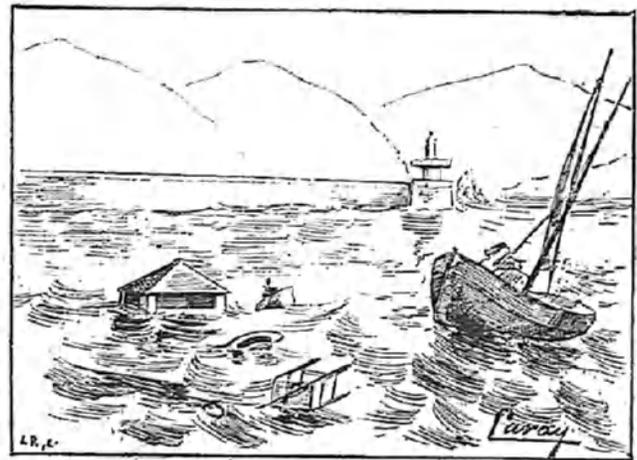
José ESTREMERÁ.



MAREA BAJA.



MAREA MEDIA.



MAREA ALTA.



CUENTOS DEL VIVAC

Là sed

Esto que voy á contaros nos lo refirió el teniente *Paralelepípedo* donde él solía tener estas confianzas, ó sea en el almacén de la provisión, y mucho antes de ser teniente, claro está, cuando ni él ni nosotros habíamos salido de *clases*. Cuando salió á alférez y empezó á tener personalidad, fué cuando el teniente Cornejales, que era muy instruido, le bautizó con aquel apodo de *Paralelepípedo*, que inmediatamente fué amputado hasta quedar en *Pípedo*. Y fué el bautizo por la constancia con que *Pípedo* defendía la conveniencia de formar con la fuerza aquella figura geométrica, única, según él, capaz de dar resultado en un combate en terreno llano.

Yo juraría todavía hoy que se fué de este mundo sin saber exactamente lo que era un paralelepípedo, lo cual no impide que todos le conociesen por el apodo, que él acabó por aceptar con la buena pasta de que Dios le había hecho. Pero antes de llegar á ser el teniente *Pípedo*, en sus luctuosos tiempos de corneta de órdenes, apenas si se llamaba Ruiz, apellido breve hasta para un corneta. Por entonces mandaba el regimiento aquel coronel Tobarra que había subido desde soldado en fuerza de costurones, y á quien yo conocí de brigadier, tan sereno, tan frío y tan chupado como cuando era sargento, según aseguraba el propio *Pípedo*, que sentía por él adoración supersticiosa.

Pues bien: estando el regimiento en Barbate llegó del Cuartel general la orden de seguir y situarse á retaguardia de la segunda brigada, justamente á cinco kilómetros de la arroyada de Facinas, más allá de la cual debía operar la brigada durante todo aquel día. Salió el regimiento al amanecer, cuando apenas se veía la faja de la carretera sobre el fondo tostado de las mieses ya segadas, y al resplandor de las estrellas que acompañaban la so-

ledad de la llanura, que aun después de cubierta por la sombra de la noche echaba fuego, según expresión de *Pípedo*, á quien podía creerse, porque fué siempre hombre incapaz de decir á sabiendas una cosa por otra.

—Como el suelo de un horno—fué lo que dijo *Pípedo*;—y tan caliente, que el polvo que levantábamos al andar, nos picaba en la garganta como pimienta molida. El coronel echó el caballo á un lado, por las heredades segadas, con tres ó cuatro oficiales y yo, que iba al lado, por la cuneta, en silencio, pues no salía de todo el regimiento una voz que sonase más que el golpe irregular de las alpargatas sobre el piso de la carretera. Cuando salió el sol de pronto sobre la línea recta del horizonte como la hoguera de un vivac encendida con aguardiente, miré la cara de Tobarra; iba un poco echado hacia adelante, agrío y fruncido, como si presintiese que íbamos á donde el regimiento no hacía falta alguna, á retaguardia de la brigada, más acá de la avanzada y en el sitio más á propósito para que la artillería tirase como quisiera sobre nosotros.

Pero, en fin, esto era cuenta del Cuartel general, y no nuestra. Á las diez el sol caía sobre el regimiento como una maldición; íbamos todos con el uniforme blanco de polvo, y tengo la seguridad de que si se hubiese preguntado hombre por hombre qué querían, todo el regimiento hubiese contestado: agua. Salía de las heredades solitarias aliento de incendio; en lo alto el sol parecía agujero

enorme del que llovía fuego sobre nosotros, y más que regimiento que iba á ocupar una posición, parecía la fila, desmayada y negra, jirón de ejército vencido y triste.

Aunque era invierno, *Pipeto* se limpió el sudor al llegar aquí, como si aun sintiese sobre las espaldas aquel implacable sol de la llanada de Facinas.

—Llegamos al fin, y os juro que me dió profunda lástima la cara del pobre coronel, roja como una cereza, cuando se volvió á mí y me dijo con voz entera: — ¡Alto, Ruiz! Soplé con el último aliento que me quedaba, y según el fuego que eché dentro, pareció la nota prolongada como un cohete en los aires. Pararon todos á discreción; y como si hubiese esperado aquel momento,

de buena gana no se hubiera hecho matar para traerle en la escudilla un poco de agua fresca.

No sé cómo logró el sargento Lampérez recoger, en el fondo de un cazo, como hasta dos dedos de agua barrosa que llevó á Tobarra; y jamás olvidaré el gesto con que el coronel la vació en la sedienta tierra, diciendo á Lampérez:

— Cuando haya para todos.... Á su sitio, sargento.

En otro momento, tal vez el regimiento hubiese dicho algo ante aquel rasgo del heroico viejo; pero entonces callamos y le miramos.

Á las tres de la tarde acabó todo; ya no veíamos la segunda brigada, que había hecho su movimiento de avance sobre Gélida; decididamente nos habían olvidado. Tobarra se mordía de



ira el bigote ya casi blanco, y todos nos preguntábamos si se habría resuelto dejarnos morir allí, bajo aquel sol horrible y como perros rabiosos, cuando llegó un capitán de la escolta, sable en alto y blanco de polvo como nosotros, con la orden de seguir á la brigada, arma á discreción.

¡Por fin! Aquellos seiscientos hombres sedientos tomaron á paso ligero carretera adelante, en dirección al agua de la arroyada, que había estado espejeando cinco horas delante de nuestras gargantas secas. ¿Creeréis que al llegar se echaron todos sobre el agua que corría fresca y limpia? No: sin que nadie dijera palabra, por impulso igual en todos, el regimiento se acordó de lo que el tremendo Tobarra había hecho con la escudilla de Lampérez, y esperó á que el coronel bebiese.

Con toda claridad lo comprendió Tobarra; desmontó, me pidió la escudilla, que le alargué con los ojos húmedos, la llenó, y se la llevó á los labios, diciendo de modo que se oyó por casi todos:

— ¡Andando!

Y durante cinco minutos, no se oyó en los bordes de la arroyada más que el respirar ansioso del regimiento y el gorganeo de aquellas seiscientas bocas.

FEDERICO URRECHA.

brilló delante del regimiento el agua limpia de la arroyada, á distancia de dos kilómetros. Todos pensamos lo mismo; todos tuvimos un movimiento de bestias sedientas hacia adelante; Tobarra adelantó el caballo y desenvainó.... Nadie se atrevió á moverse.

Salir de la trinchera en que se encajaba allí la carretera, era ponerse de blanco á la batería del cabezo de Gélida; pero creo que, aun así, muchos hubieran preferido llegar al agua, con riesgo de no llegar enteros. ¡Qué tres horribles horas pasó allí el regimiento olvidado del Estado Mayor, viendo delante, al otro lado del agua, la segunda brigada que se batía confusamente entre el polvo y el humo! ¡Cuántas veces nos contuvo el gesto energético de Tobarra! No hubo de entre nosotros quien

1893.

(Prohibida la reproducción.)

CURIOSIDADES

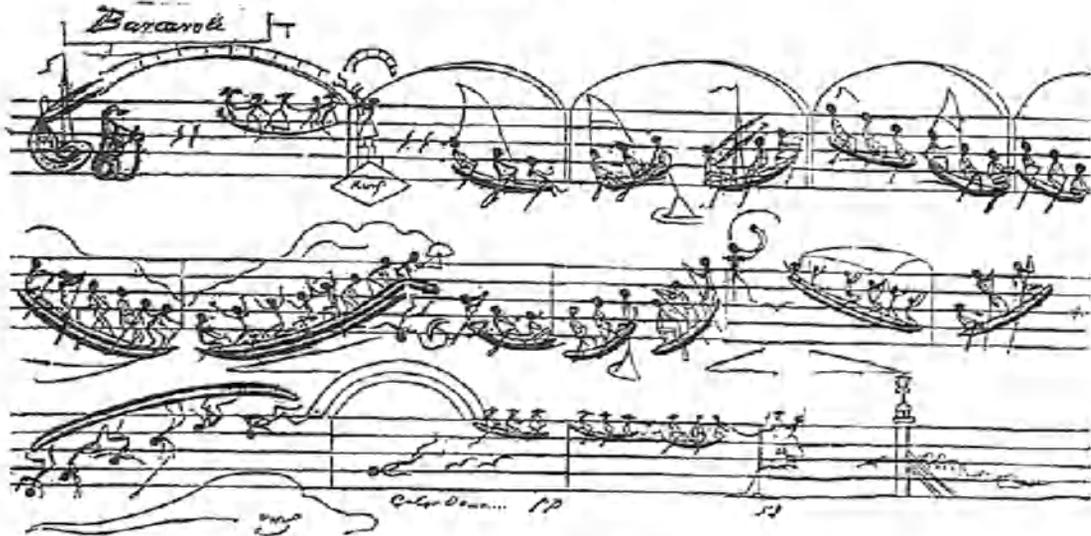
MÚSICA ANIMADA



GRANDVILLE, un ingeniosísimo dibujante francés, que floreció en la primera mitad de este siglo, tuvo, entre otras felices ideas, la de ofrecer, como graciosos caprichos de su lápiz, algunas muestras de *música animada*, que en aquellos tiempos fueron muy celebrados y sirvieron de entretenimiento en los salones. La sustitución de las notas y signos musicales por figuras que corres-

ponden al carácter de la música, parece tarea sencilla, pero es de difícilísima ejecución si la composición artística ha de resultar graciosa y movida, dejando perfectamente clara la composición musical.

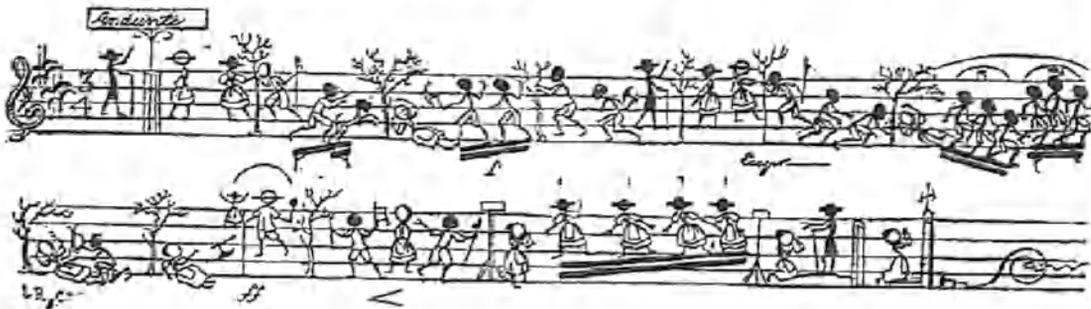
Hoy damos algunas muestras de aquellos caprichos con la explicación que al pie de cada uno escribió el mismo famoso dibujante.



BARCAROLA.

Unos pescadores (negros) se despiden de sus mujeres, de sus hermanas; una manda el chiquitín a su marido para que le dé un beso.—El tiempo es hermoso.—Las barcas se deslizan tranquilamente bajo los grandes arcos de un puente (signos para ligar las notas).—Pero el tiempo cambia; las nubes cubren el cielo; la mar pónese agitada; los barcos suben y bajan a capricho de las olas; un hombre cae al agua... ¡ah!—Las anclas son inútiles.—La tempestad parece que cede.—Un pescador toca una bocina (calderón).—Vuelve el viento a

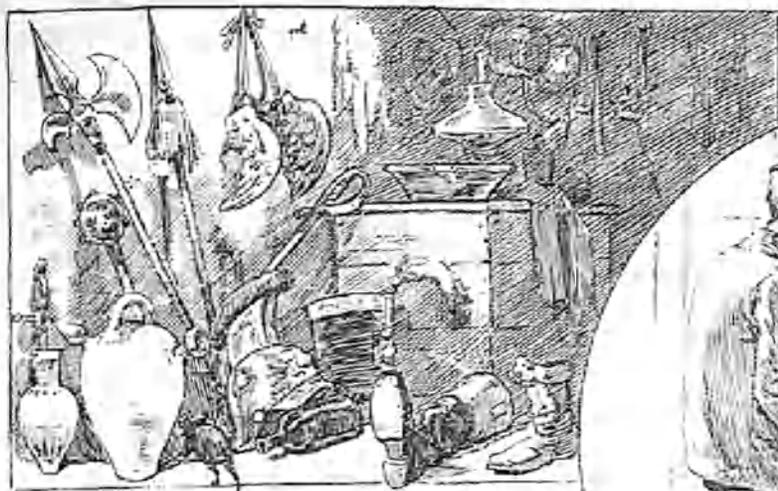
soplar con violencia.—Los pescadores se desesperan y levantan los brazos al cielo.—La tempestad redobla sus furiosos.—Vuelca y se va a pique una de las barcas.—Seis pescadores se ahogan; sus cuerpos inanimados flotan sobre las aguas; paviotas (silencios) vuelan sobre la mar; algunos barcos, guiados por el faro, consiguen llegar al puerto.—Una de las mujeres, que espera en la orilla, recibe en sus brazos a un pescador.



PASTORAL EN RE MAYOR.

Dos beñoles (cuervos) en la clave (boa).—A tres tiempos.—La escena pasa en una colonia inglesa.—Una joven quiere dejar su aldea para ir a la ciudad a servir. Un «ministro protestante» procura hacerla desistir de su proyecto.—El viaje es largo; hay que atravesar un bosque lleno de peligros. ¿Qué va a buscar tan lejos? ¿La dicha? Mejor se encuentra en la aldea que en la ciudad. Allí se casará, será feliz esposa, dichosa madre. Para impresionar su ánimo con un ejemplo, le señala a un pastorcillo que besa la mano a su prometida, joven pastora negra.—La muchacha no hace caso de sus consejos, y una mañana toma el camino de la ciudad. En el bosque descansa debajo de un sicomoro.—Unos negros, que la han visto, se acercan a ella para

robarla; pero otro negro, acompañado por un perro, la salva.—Vuelve a su aldea con su salvador, y, agradecida, le da su mano; pero su afán de ir a la ciudad le hace alejarse de nuevo.—Esta vez, durante su sueño, los negros la sorprenden en el bosque y la quitan la bolsa (bamol), su única fortuna, y la maltratan. Los gritos atraen al padre y a la madre, que han ido en su busca. El padre llega furioso (calderón); la madre, desconsolada, le sigue a distancia.—Vuelven con su hija a la aldea.—Ya no tiene dote, y los mozos la saludan y se alejan. Las mozas, sus compañeras, se burlan de ella, cantándole coplillas picantes. Arrepentida de su calaverada, pide perdón al «ministro» y compasión al cielo.



EL GUARDARROPA

No se trata de un mueble ni de una habitación, sino del hombre encargado en los teatros de servir la escena.

¿Servir la escena! ¿Qué significa eso? Vamos a explicarlo.

El mueblista viene obligado á suministrar cuantos muebles, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, pidan las obras, así como las alfombras, galerías, portieres, etc., etcétera.

El *atreceista*—palabreja derivada de la italiana *attrezzo*, á la que hemos dado en España carta de naturaleza—sirve aquellos efectos que, por no ser usuales, piden una confección especial.

Hay que hacer caretas para una Revista, representando las caricaturas de nuestros hombres políticos.

Pues al *atreceista* con el encargo.

¿Se necesita un pastelón de liebre, que se abre á su tiempo para dar salida á un gato? ¿Hay que hacer armas de fantasía para los *guerreros hambros* de este ó del otro país? ¿Pide la obra que tales ó cuales personajes determinen el ramo civil ó militar á que pertenecen, por medio de atributos puestos sobre sus cabezas?

Al *atreceista* también con todo esto.

Las armas usuales, ó las de época determinada de la vida real, debe suministrarlas el *armero*.

¿Conque en los teatros hay mueblista, *atreceista* y *armero*?

Entonces, ¿para qué sirve el guardarropa?

Para más de lo que ustedes creen.

¿Quién, sino él, suministra las vajillas, los látigos, las escribanías, el papel, las carteras de viaje, las petacas y todas, absolutamente todas las menudencias que las obras exigen?

También facilita las fornituras militares para coristas y comparsas por obligación, y por favor á las partes principales y secundarias, que nada poseen desde que anda el género chico.

Copiando cualquiera de las listas de guardarropa anotadas en mi libro de dirección escénica, podrán mis lectores formar idea de la importancia que el guardarropa tiene en el teatro.

Tengo, efectivamente, ese libro, en el que están copiadas las listas de decorado, sastrería, atrezzo, guarda-

ropía, armas, muebles, luz y comparsas, correspondientes á más de 300 obras.

Lista de guardarropa para la obra titulada....

Cuadro 1.º—Caballote de pintar, paleta y pinceles.—Dos bustos de yeso blanco.—Un maniquí.—Un lienzo de 1,30 de largo por 1,00 de ancho, representando á Cástor y Pólux.—Otro igual con Filades y Orestes.—Vajilla fina.—Servicio completo para cuatro personas.—Dos perdices escabechadas.—Aceitunas.—Un plato de arroz con leche.—Champagne, dos botellas.—Un Santo Cristo.—Un par de pistolas.

Cuadro 2.º—Dos navajas.—Un paño de pelos.—Servicio de café para dos personas.—Una fuente de pájaros fritos.—Seis mantecados.—Seis arlequines.—Una peluca de clown.—Una fusta.

Cuadro 3.º—Un loro que habla.—Un mirlo que silba.—Unas alforjas.—Cuatro cañas de manzanilla.—Seis chatos.—Un plumero.—Un bastón de Alcalde.—Una badila.—Arroz á la valenciana.

Por cierto que jamás olvidaré mi conferencia con el guardarropa, á propósito de esta lista.

—¿Pero usted tira á arruinarme?

—¿Yo?

—¿Usted sabe lo que me dan por la guardarropa?

—No, ni me interesa. La obra pide eso, y eso pido.

—Pues me dan treinta reales diarios.

—Haber pedido tres duros.

—No me los hubieran dado.

—Eso no es cuenta mía.

—En fin, serviré esta lista; pero es preciso que usted me ayude á....

—Yo, en lo que de mí dependa, si la obra no se perjudica....

—Vamos por partes. Caballote, paleta, bustos, maniquí.... esto va bien. No hay inconveniente. Cuadro representando á Cástor y Pólux....

Una copista de Casarido —
dos alfileres de Bembres —
Un poco para el empujador de la
Caban —
Una navaja para Calatrava —

—Llévalo al taller de Bussato....
 —¡Ca! No, señor; ¡si tengo un chico que pinta al pelo estas menudencias!.... Cástor y Pólux....
 —¿Sabes quiénes son?
 —Sí, señor. Dos cabecillas carlistas. Boinas y uniformes....
 —¡Jesús! No, hombre, no; llévalos al taller.
 —¿Cuando le digo á usted que no es menester!
 —Pues dile al chico que se pase por mi casa y le dejaré unos grabados. También tengo al agua fuerte un grupo de Pilades y Orestes.
 —No hace falta; á esos los conozco; los he visto en el Circo de Price.
 —¡María Santísima!
 —Trabajan en el trapecio que da gusto. Perdices.... bueno....
 —¿De cartón, eh?
 —Sí, las tengo. Están sirviendo de escabechadas desde que estrenó Valero en Novedades el *Baltasar*. ¿Se come este arroz con leche?
 —Sí.
 —¡Malo! Porque si no se comiera, con un poco de engrudo y polvos de ladrillo.... El Champagne uo me importa, Gaseosa de limón; con tal que se oiga el taponazo.... estoy listo. ¿Este Santo Cristo es corpóreo?
 —Sí.
 —Tengo uno; pero tendré que mudarle la sabanilla y peinarlo.
 —Cristianamente, ¿eh?
 —Tiene Veray unas pelucas de Cristo que dan la hora. ¿No ve usted que sirve la Pasión en Martín? Navajas, café.... ¿Se toma el café?
 —No.
 —Entonces agua clara y el cocimiento de tila de la obra de ayer. Pájaros fritos. Éstos con castañas cocidas, poniéndoles un pico, desde lejos, pájaros. Seis mantecados. De algodón en rama. Seis arlequines. Bueno, el helado de fresa se imita con estambre carmesí.... Tengo ahí las pelucas del coro de payasos.... Con arrancar los tupés, hago los copetes.
 —Como quieras.
 —Un loro que habla. ¿Habla mucho?

—Poco.
 —Entonces, mi cuñado. Un mirlo que silba. ¿Qué silba?
 —La marcha real.
 —Mi cuñado también. Afeita á unos alabarderos, y la sabe de memoria.
 —Pero tu cuñado....
 —Estudia para pájaro y otros bichos. Ha trabajado ya en *Pepa la Frescachona*. Tres cañas de manzanilla. Corriente. En esto que sigue se ha equivocado usted.
 —¿Yo?
 —¡Tres chatos! Esto es para el cabo de comparsas. ¿Dónde encuentro yo tres chatos?
 —¡Si son unos vasitos que se estilan ahora para beber manzanilla!
 —¡Ya! Un plumero. La corista esa.
 —¿Quién?
 —La Dionisia, que me lo presta. Su padre es fabricante.... Y, últimamente, arroz á la valenciana. Con serrín y tacones de bota para figurar los trozos, despachados. ¿Conque estamos listos?
 —Sí, hombre, sí.... ¡Pobre teatro!
 Y cuenta que es uno de los guardarropas mejor surtidos.
 El cuarto de guardarropía en el teatro participa de la tienda del anticuario y de la de *las Américas*. Hay de todo en él, como en cajón de sastre. Tiene un caudal en fiambres de.... cartón.
 He aquí las principales obligaciones del guardarropa, después de las ya apuntadas:
 Reñir con las coristas, porque tratan mal *los objetos*. Es su frase. Aguzar el ingenio para presentar á la Empresa el mayor número posible de *recibos extraordinarios*.
 Recuerdo de un guardarropa que me decía: «Ponga usted puros y café en todas las listas».
 —¿Por qué?
 —«Porque me los fumo yo y los paga la Empresa.»
 La principal obligación del guardarropa consiste en poner un recado de escribir imposible, por lo malo, en la mesa de ensayos.
 Si lo pusiera bueno, faltaría á la tradición.

RAFAEL MARÍA LIERN.



APUNTES DEL NATURAL

Ferónimo Suñol.

POR

ALFREDO PEREA





ACTUALIDADES

españoles otras islas llamadas las islas Salomón, descubiertas en 1567 por el navegante español Álvaro Mendaña de Neira.

Á decir verdad, eran pocos los que estaban en el secreto, hasta que los ingleses han tratado de «anexionárselas»; la prensa ha hablado, se han revuelto papelotes antiguos, se han hojeado Dictionarios geográficos y enciclopédicos, y hoy estamos tan enterados de cuánto ocurre en aquel archipiélago, que ya nos pueden dejar allí solos, en la seguridad de que no nos perdemos; ¡Quiera Dios que las islas tampoco se pierdan!

Otro tanto nos sucedió cuando aquello de las Carolinas, y así, poquito á poco, á fuerza de que los extranjeros viyan «anexionándose» lo nuestro, iremos enterándonos de lo que tenemos, y á la vez aprendiendo una *mijita* de geografía, que eso nunca estorba.

Un periódico, al hablar de este asunto, procura demostrar nuestro derecho á la posesión de aquellas islas, y recuerda el hecho de haber sido descubiertas por un navegante español, y cita los nombres de los principales puertos, Santa Isabel, San Cristóbal, Guadalcanal y Santa Cruz, que demuestran haber sido ocupados por los españoles.

De modo que ya sabemos por qué los españoles debemos quererlas para nosotros.

También dice que aquellas islas tienen verdadera importancia, no sólo por su producción agrícola, valiosa en materias exportables, sino por su población, que puede calcularse en 100.000 habitantes; y otro periódico asegura que en algunos sitios de aquellas islas hay *pepitas de oro*.

De modo que ya sabemos también por qué las quieren los ingleses para ellos.

Eso de las *pepitas de oro*

ha llamado mucho la aten-

ción, y ha excitado aún más el interés de algunos.

—Ya ve usted, amigo—decía ayer uno en la mesa del café,—aquellos indios vienen á ser *súditos* nuestros, aunque desconocidos, porque los hemos descubierto y no los hemos cubierto, si es verdad lo que dicen, que andan en cueros.

Bueno; pues siendo *súditos* nuestros y unos indígenas ó indígenes, como quien dice, tienen pepitas de oro en varias partes, y aquí no tenemos oro ni por ninguna parte lo hallamos, aunque nos *despepitamos*.

—En ese punto, amigo—le replicó otro,—dispénsame usted que le rectifique, porque está usted equivocado. Si usted conociera á mi mujer se convencería de ello.

—¿Y qué tiene que ver su señora de usted con las *pepitas de oro* de las islas Salomón? ¿Tiene ella algunas, por ventura?

—Algo más que eso. Ella es una, porque es *de oro* y se llama Pepita. Lo que no tiene es nada de Salomón.

La cuestión internacional que puede surgir del despojo intentado por los ingleses, tiene ya muy preocupados á algunos diplomáticos de afición.

—Yo—decía anoche uno en un corro de la Puerta del Sol esquina á la calle de Fuencarral,—si por mí fuera, ahora mismo le declaraba la guerra á la páfida Albión, porque ya saben ustedes que Inglaterra es Albión y es páfida como la onda.

—Pues lo que es por mí—agregó otro,—manana es tarde. ¡Precisamente ya hace tiempo que tengo guerra declarada á los ingleses!

—Porque la cosa está clara, Esto es lo mismo que lo otro de las Carolinas.

—Hombre, lo mismo no; porque ahora se trata del sabio Salomón, y entonces se trataba de unas señoras, y como aquí somos galantes, entonces nos incomodamos más que hoy.

—Sea lo que sea, el caso es que aquí ya no hay patriotismo, y que por días se nos va convirtiendo la sangre, en sangre de horchata.

La mirada expresiva de una hermosa joven, dependiente de la horchatería próxima, llamando la atención

de aquellos diplomáticos al aire libre, puso término á la conferencia.

Ya han terminado las sesiones en el frontón de Fiesta Alegre, y pronto terminarán en el Congreso los partidos de pelota.

Los pelotaris de Fiesta Alegre se han marchado á su país para seguir allí jugando á la pelota; los padres de la patria no sabemos á dónde irán para seguir jugando á la pelota con el país.

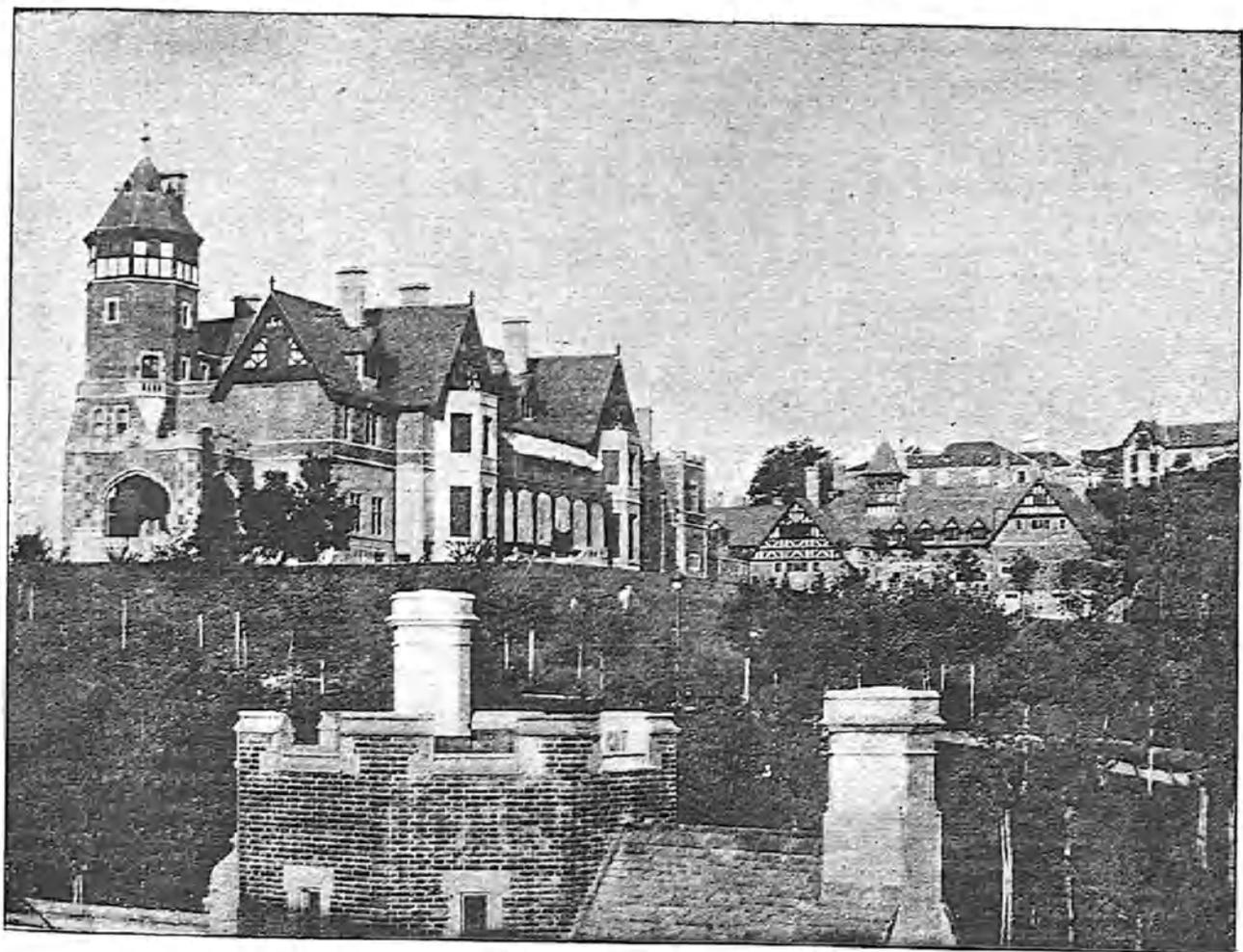
La Sociedad de oficiales peluqueros y barberos de Madrid, La Cooperativa, ha celebrado con un banquete en los Jardines del Retiro el tercer aniversario de su fundación.

Un detalle interesante.

En la comida no hubo un pelo siquiera; pero según me ha dicho uno de los asistentes, comieron *al pelo*.

ALTER.

VISTAS DE SAN SEBASTIÁN



EL PALACIO DE MIRAMAR, HECHO CONSTRUIR POR LA REINA REGENTE Y ACTUAL RESIDENCIA DE LA FAMILIA REAL.

(De fotografía remitida por nuestro correspondiente.)



CANTARES

Quiere el labrador la lluvia
Para que crezca la mies;
Yo tan solo la deseo
Para ver tus lindos pies.

Conduce el juego á la horca,
La bebida al manicomio,
La ociosidad á un asilo
Y el amor.... al matrimonio.

Brillan tanto tus ojoselos,
Que el doctor me ha recetado
Que si he de mirarte mucho
Me ponga lentes ahumados.

Tiene tu boca más perlas
Y coral que el Oceano:
¡Qué más perlas que tus dientes!
¡Qué más coral que tus labios!

EDMUNDO DE C. BONET.

Se ha muerto la suegra de Peláez, y Peláez y su mujer «ajustan» el entierro con un dependiente de la Funeraria.

La mujer de Peláez se obstina en que ha de ser un entierro de primera, y el dependiente enseña la tarifa que marca dos mil pesetas.

—¡Dos mil pesetas! exclama horrorizado Peláez. ¿Á que, al fin, tendré que sentir que se haya muerto?

CHARADA

Un liberal avanzado,
Enemigo de mudanzas
Y de todo aquel que sabe
Que se muda la casaca,
O no es por cualquier motivo
Tercera-primerá á su causa,
Ayer me dijo: Lo apuesto,
Aunque se tercera-cuarta
Lo contrario, aunque el segunda-
Segunda algunos nos hagan,
Aunque Cánovas se empeñe,
Aunque se empeñe Sagasta,
Lo que se conquistó en todo
No se pierde ni se acaba,
Que ya van años, y aun
Segunda-tercera-cuarta.

A. RODRIGUEZ.

LIBROS RECIBIDOS

O *Dr. Luis Sandoval*, interesantísima novela escrita en portugués por la distinguida escritora que firma *Alice Moderna*.

Historia de Sibila, novela del excelente escritor francés Octavio Feuillet, primorosamente traducida y publicada por el periódico *El Folletín*. Un tomo de 400 páginas. Su precio, 2 pesetas.

Cuentos y Cuentecillos, por D. Dionisio Morquecho. Un bonito volumen que contiene quince cuentos y se vende á 2,50 pesetas.

Cartas de Mujeres, coleccionadas por Jacinto Benavente.—Obra muy interesante. Su precio 3 pesetas.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

DE

GASPAR ABATI

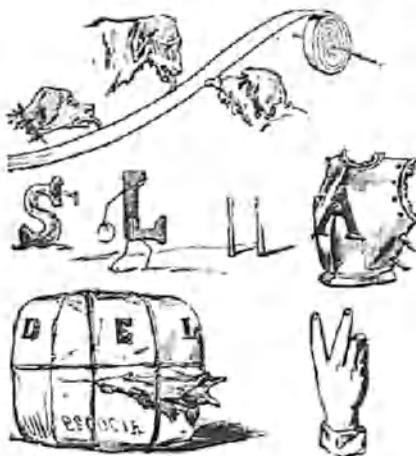
10, CAPELLANES, 10

Véase el anuncio en la tercera plana de la cubierta

ACERTIJO

¡De todos los animales
Que ha clasificado el hombre.
Cuál es aquel que en su nombre
Tiene las cinco vocales?

JEROGLÍFICO



TRINOS

Me contó no sé quién, que en pleno estío
Un enfermo de amor murió de frío.

Á mí me causan risa
Los que dudan de Dios y van á misa.

Oye, chiquilla: si á mi amor profundo
El mundo se opusiese, ¡no te asombre!
¡Del puntapié que le pegata al mundo,
No quedaba del mundo ni aun el sombril!

MANUEL SOBIANO.

PENSAMIENTOS

Cuando se ama, se duda á menudo de lo que más se cree.

LA ROCHEFOUCAULD.

Las mujeres, como los príncipes, exigen de los que tratan un extremado reconocimiento por los más pequeños favores y un olvido completo de los peores tratamientos.

LEVIS.

SOLUCIONES

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 5.

AL JEROGLÍFICO.

Cuando tenía dinero
Me llamaban D. Tomás;
Ahora que no lo tengo
Me llaman Tomás no más.

A LA CHARADA.—Charada,

AL LÓGOGRIFO.—1.º La Gran Vía.—2.º Gravina.—3.º Rival.—4.º Arana.—5.º Grana.—6.º Rana.—7.º Ana.—8.º La.—9.º V.

AL SALTO DE CABALLO.

Vendiendo voy mi cariño
Y no me lo compra nadie;
Si cariño no tuviera
Tendría quizás marchantes.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».